

3736

3736

E862

H888C

H121730

CONSCRIPCION



L.H.M.

Luis A. Moscoso Vega

CONSCRIPCION

DRAMA CRIOLLO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS A. MOSCOSO VEGA

.....

CUENCA - ECUADOR

1.941.

.....

EDITORIAL EL MERCURIO.

—

OBRA DEDICADA

a la Compañía Nacional "Gómez-Albán, la que estrenó en Cuenca, el 19 de Febrero de 1.941, con el siguiente

REPARTO:

<i>Cristina</i>	Chavica Gómez
<i>Carmen</i>	Lastenia Ribadeneira
<i>Shalva</i>	Ernesto Albán
<i>Tío José</i>	Gonzalo Prohaño
<i>Andrés</i>	Miguel A. Casares
<i>Don Manuel</i>	Sergio Araujo
<i>Taita Baltico</i>	Carlos Vásconez
<i>Un Capitán</i>	Sergio Araujo
<i>Un Soldado</i>	Luis Villavicencio

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Leyendas y Tradiciones Orientales
(Cuentos)

Chanita (Novela)

El Borsillo del Diablo (Novela)

Conscripción (Drama)

EN PRENSA:

Yo sé recitar (Versos para niños)

Enoc (Artículos fantasmagóricos):

CONSCRIPCION:

DRAMA DE REALIDAD

Ha recibido carta de naturalización en las tablas del teatro morlaco, el drama de Luis Moscoso Vega, intitulado CONSCRIPCION. El éxito premió al autor de manera poco acostumbrada entre nosotros, tanto por la obra en sí misma cuanto por la cooperación de la "Dramática Nacional", cuyos actores, seguramente, supieron acoger en debida forma este brote del arte ecuatoriano y típicamente regional.

Sin embargo, el objeto de estas líneas no es el del mero cumplimiento. Tampoco pretenden asumir las dimensiones algo petulantes de la crítica gacetera. Expresan únicamente la huella que dejó en mi espíritu, la primera amistad que hiciera con el mencionado drama.

El fondo de la obra es trágico; doblemente trágico si se considera que Moscoso Vega hizo de modo tal, que

en la trama se dieran cita dos tragedias, no de modo simultáneo, concurrente o paralelo, mas en oposición y lucha, sin que se desvirtúe ninguna de ellas. La tragedia apesadumbrada del rico, del propietario, del hombre fatigado de la vida, de la pareja reunida por uno de tantos caprichos de la incomprensión, de los cónyuges que coinciden solamente en el punto donde se cruzan dos vidas contrapuestas. Por otra parte, y en lucha de sentimientos y derechos, la tragedia descolorida del villano, del hombre del campo, del añejo dueño de una tierra que hoy abona con sudores y sangre, la tragedia regalada por el cambio brusco de la apacible vida de casi inocencia que impone el agro fertilizador del cuerpo y alma, por la existencia de conocimiento y civilización que despierta el aguillonazo del derecho en la humilde alma sublevada del conscripto rural.

Este hombre, casi inocente, viene a confirmar la tesis del hombre naturalmente sano en el medio primitivo. El drama de Moscoso Vega es en este sentido algo rousseauiano, si cabe la expresión en forma meramente literaria. Quizás demuestra demasiado claro el mal de conocer y aprender. El

padre del protagonista conforta el desconsuelo del conscripto con esta visión: «anda, hijo, anda a la conscripción, que allí aprenderás». Y el protagonista, un mocetón de pura sangre, viene a enfermar de civilización al contacto del militarismo y el urbanismo. Aprende el odio, desdice de su linaje de cholo campesino limpio como el agua de los cerros, según el galano expresar de Moscoso Vega.

Se arranca al indio de su paisaje vernacular, higiénico para la fisiología, cuanto para la placentera moral del existir de alejamiento. Se trasplanta al indio con brusquedad, olvidando orientar debidamente esa planta ya formada. Y se la incrusta en un medio nuevo, dentro del cual languidecerá en la dirección humana de su ser, pese a que el cerebro del hombre de experimento recibirá abundante material de riqueza práctica para lo posterior. Mas, se produce el desequilibrio biológico y se pierde la indispensable estática necesaria para el funcionamiento normal de la persona normal.

Se civiliza el indio—el indio del drama que ocupa la atención en este instante—, crece en él el fermento de los derechos y poderes, sabe de la de-

fensa propia, se edifica para sí un talión ad-hoc y, Don Quijote, a su manera, emprende contra sus antiguos amos, con el decoroso intento de des-acer el agravio inferido por el blanco incontinente, que injertó el crimen en la casta considerada libre de tacha hasta ese entonces.

Al frente del tormento indígena, los amos arrastran las consecuencias del libertinaje. La tragedia de ellos truena sobre la otra. Pero es muy distinta de esta. No lleva la marca de la reivindicación, sino el herrete del remordimiento.

Ambos casos pertenecen a la patología social. A veces los vemos reproducidos en nuestro medio, aunque no hasta el extremo de llamarlos fatales, pero sí algo numerosos y suficientes para despertar la perezosa atención de quienes tienen encargo de montar la vigilancia sobre los dolores humanos, en cuanto éstos afectan las relaciones entre semejantes.

El drama apunta también la urgencia de modificar la reglamentación del servicio militar, hasta hoy no todo lo provechoso que se quiere para beneficio de la raza cuyas exigencias distan leguas de las corrientes entre los

habitadores del burgo. El intento del autor es de alta moralidad y recoge los aspectos varios de la conscripción, que no es únicamente tarea de desalfabetizar al vividor del paisaje cordillerano y enseñarle rudimentos del arte bélico, sino que es principalmente hacer del indio hombre en sentido integral: útil para la Patria y el terruño, porque solamente del surco germinará el futuro del país.

CONSCRIPCION es un drama lleno de momentos culminantes, en los que la emoción supera a la acción. Como ejemplo vaya la escena final del acto primero:

El protagonista llora el castigo impuesto al delito de su veintena apenas cumplida. El amo hace mofa del dolor del indio, y sobre la tiranía del amo que fustiga el lomo del dolorido muchacho, se desliza la filosofía amarga del indio viejo y resabido que se consuela con un *im promptu* al parecer interlineado en el Manual de Epicteto, el filósofo esclavo: «Lo mismo da: ser conscripto o ser concierto, el indio está siempre en eterna conscripción». Pero encima, mucho más arriba de la nota de escepticismo cobrizo, la novia del recluta echa el bálsamo del amor,

interponiéndose con otra filosofía de exquisito erotismo, como paréntesis entre el látigo y la ausencia: «Que se vaya, mejor, taita, que se vaya. Haré la cuenta que no ha habido corazón todavía. Como ver su desgracia en delante, que se vaya...» En este momento el mocetón desgaja su mejor romanticismo en la selva confusa de su alma primitiva, y cura del llanto a la india con un abrazo remojado en este razonar: «Estrellita de noche oscura, sol que calientas para dentro, placer en la cuesta de mi vida»

Escenas como estas califican la fuerza de Moscoso Vega en su rol de dramaturgo. Ha cultivado el género desde la adolescencia, y debería cultivarlo sobre cualquier otro de los que le son habituales a los círculos de albura de sus gaviotas.

Mucho se puede y debe esperar del drama nacional. Está ya en yema y la yema es tentativa de floración y fruto. Los pasos que se dan por este sendero son debidos al esfuerzo personal, único, improbo de artistas y autores. Si me fuera dable extenderme en consideraciones con motivo de la Compañía que visita Cuenca, y con motivo del drama de Moscoso Vega. Pero

queden ellas esperando hora más propicia que esta de agitación hacia polos de novedad intrascendente y forastera. No obstante sea afirmado con toda la fuerza que permite la situación de observador provinciano: el drama que es pedazo de vida, vivirá mientras los hombres hallen deleite en reflejar el alma en espejos de supervivencia y escuelas de moralización. Nuestra nacionalidad es anémica, quizás también por esto: nadie o muy pocos se toman el trabajo de verla con ambos ojos, y verla en los más íntimos repliegues de la complejidad connatural a los grupos humanos.

Si los escritores nacionales se apropiaran de la fórmula sabia de la Monja Mejicana y realizaran su consejo de poner los ojos en las manos, no tanto para desvanecer verdes nubes de esperanza, cuanto para palpar las realidades con órganos tan sutiles como los de la vista convertidos en los del tacto.

G. Cevallos G.

Tomado de EL MERCURIO, edición correspondiente al 18 de febrero de 1941.

CONSCRIPCION

ACTO 1º

Personal: Don Manuel, Andrés, Cristina, Shalva, Carmen, Tío Baltico y Taita José.

Escenario: Un rincón de bosque que da a un sembrío. Bancas y sillas rústicas. De mañana.

Esc. I

Shalva y Carmen

Shva. (seguido de Carmen y cargando la cosecha se detiene) ¡Qué cansancio, mi china! El sol nació en el Hatun Cañar, muy de mañana.

Cmen. Así es, Shalva.

Shva. Como nació mi cariño a vos, junto con mi vida. Largo cariño como este camino que lleva a las trojes del amo Manuel. Largo camino que al fin

acabamos.... Oye, Carmen, estoy resuelto a pedir de padrino al amo Manuel hoy mismo.

Cmen. ¿Hoy mismo? ¿En delante de todita la peonada?... No está bueno, Shalva; tardaremos hasta que se acabe la trilla; dentro de pocos días será.

Shva. ¿Acabar la trilla? ¡No! ¡Hay tanto trigo en las eras que ni de hoy en quince se acabará de acomodarlo. Hoy mesmito: en cuanto vengan los patrones a la revisión.

Cmen. Espera, cholo, espera. Entre oración y ya silenciada la algazara, rogaremos dar padrinando los patrones.

(se oye un silbido)

Shva. Ya nos alcanzan los demás runas. Sigamos el trabajo. *(se aprestan a continuar)*

Esc. II

Mismo y Tío José

José. *(por la izquierda)* Uds. siempre buscando la soledad.... no se vayan, no; cuenten de sus amores; cuenta, cholo Shalva, cuenta cuándo es la boda.

Shva. Estoy pensando para carna-

val, Tío José.

Cmen. Ni que fuera trillar parva de cebada....

José. ¡Ni que fuera moler el grano! Qué tanto será. Si se quieren los palomos, pues buscar padrinos y a la parroquia.

Shva. Estaba pensando, tío José.

José. ¿Qué?

Shva. Pues en pedir la padrinación de don Manuel y ña Cristina.

Cmen. Cholo más porfiado.

Shva. No es porfia...

José. Es la simpatía... Bien hecho, chico, bien hecho. Apuren no más la boda y vos, Carmen, busca buenas enaguas a que digan las gentes que se casa la más guapa china de mi pueblo... China Carmen está miso como choclo jecho, redondita y codiciable... ¡Qué bien me sentara un trago a la salud de los novios!

Shva. Vamos pal estanco entonces.

Cmen. Recuerda, Shalva que estamos en trabajo.

Shva. Un ratico, mi china: para tener más valor de proponer a patrones. La cantina queda cerca, nadie notará. Unos tragos para los dos y una soda para vos. ¿Convenido?

José. Pero pronto, palomitas, pronto:

me tengo unas ganas de un zhumir de cuatro dedos malos.

(con su carga hacen mutis derecha todos)

Esc. III

Don Manuel y Andrés

Mnel. (por el foro, seguido de Andrés) Y si no se comenzaban las trillas íbamos aventurando, pues cerca de Carnaval siempre llueve.

Ands. Sin embargo, yo creo, papá, que no debieras ordenar la trilla de las dos parvas que restan, pues en ellas hay trabajo para unos quince días y en tanto tiempo acaso caigan aguaceros.

Mnel. ¿Crees así?

Ands. Con la poca peonada que hoy tenemos puede aún durar por más tiempo.

Mnel. Qué difícil se ha vuelto la agricultura.

Ands. Es por lo único que no mira, que nunca se preocupa el Gobierno.

Mnel. ¡El Gobierno! Los gobiernos del Ecuador no han hecho sino recargarla y succionarla... El agricultor, hijo mío, es el único que sostiene la eco-

nomía nacional y hasta hoy no se ha dado un caso en que el fisco haya prestado ayuda eficiente: lo que existe es mera palabrería.

Ands. Sin embargo, somos los millonarios, los burgueses...

Mnel. ¡Millonarios, bah! Dónde está uno siquiera en nuestra tierra. Los millonarios son los ladrones públicos, aquellos que no conocen el sacrificio ni el trabajo; los políticos, los oportunistas, los que explotan el sudor ajeno y hasta su dolor; los que charlan dos meses en la Capital y vuelven o quedan con magníficas prebendas: todos aquellos padrastrós de la Patria. ¡Oh!...

Ands. Así es.... (después de un momento) Tardan los peones en regresar.

Mnel. Ya vendrán. ¿Ha venido un peón nuevo hoy?

Ands. Debe ser uno cuya hija dicen ser la novia del Shalva.

Mnel. Sí... es muy graciosa. Su madre tuvo unos líos con unos ingenieros del famoso ferrocarril Tambo-Cuenca; ferrocarril tradicional...

Ands. Ahí viene Taita Baltico.

Mnel. Pobre viejo....

Esc. IV

Los mismos y Taita Baltico

T. B. (por la izquierda y con una carga a la espalda) ¡Ah! No sabia que estaban los patrones.

Mnel. ¿Cómo vas, Taita Baltico?

T. B. Mucha calor, Patrón. Y con estos huesos viejos y este trigo bien maduro.

Ands. Carga menos, hombre.

T. B. Con su permiso lo hiciera, patrón, pero ese mayoral... es bruto como esta cordillera... Ya verá él cuando cuente setenticinco y pasados, como yo.

Mnel. Ordenaremos que te tenga sólo reuniendo el grano.

T. B. Dios le pague, patrón... Con su permiso.

Ands. Espera.

Mnel. ¿Volvió ya el Shalva?

T. B. No lo he visto, señor.

Ands. ¿Iría por el otro camino, acaso?

T. B. No sé, ño Andrés.

Mnel. Medio día para cada viaje.

T. B. El pobre anda como gallina en vísperas de pascua. Perdona amo, si casi no sabe lo que hace pensan-

do en su china.. Cholo mal acostumbrado ni que tuviera ya una choza con mediaguas y unos cientos de pesos para pensar en matrimoniarse... Cholo que ni siquiera tiene una yunta ni sabe cuando las papas se están lanchando; ónde está una buena yugada para cebada ni un desmonte pal maiz. Perdona, patrón, pero el diantre del cholo hasta pal trabajo en la hacienda anda invitando a la tal Carmen...

Mnel. Tú no sabes: ella es hija del nuevo peón que se ha comprometido en la hacienda.

T. B. Ha de ser, señor... pero el mozo ni siquiera ha completado los veinte años.

Ands. Pero sabe trabajar, Taita Baltico.

Mnel. Que se case: así la hacienda tendrá un peón más: le señalaremos una posesión y le daremos algún suplico. (aparte) Y podré cumplir con un sagrado deber.

T. B. Si es voluntad de Dios y su mercé, que sea así, patrón.

Ands. Así es.... ¡Eh! por ahí vienen.

Esc. V

Los mismos, Shalva, Carmen y

Tío José

Shva. (sin presentarse aún se acerca cantando:)

«Esta noche tomaremos
para madrugar al cielo;
mamita ya no hay infierno,
todos los diablos se han muerto»

Jajay, carachu: el amor es mejor que ser Gobernador. (En escena ya, abrazando a Carmen y seguido de Tío José) ¡Jesús!

Mnel. Está bien, Shalva, está bien. No hay por qué avergonzarse... Todos hemos amado alguna vez.

Ands. ¿De dónde vienen?

José. Dispensa, patrón: no más que fué una invitación del cholo.

Ands. ¡A la cantina? ¡Borrachos! Hoy no corre el día de trabajo de ustedes.

T. B. Con su permiso. (mutis derecha)

Mnel. Deja, Andrés.... Tienen su derecho.

Cmen. Hemos de recuperar, patrón.

Ands. ¿Y tú quién eres?

José. Hija de nuevo peón. Está palabriada con el cholo y hemos ido a ver algunas botellas. (Trastabillando) No más que fué medio litro celebran-

do... el aniversario... digo... el compromiso. Se llama Carmen... Se van a casar.

Ands. Carmen...

José. Cholo aprovecha la propuesta. (aparte a Shalva)

Cmen. Para servir a Dios y a su mercé, Carmen Huiñansaca.

Mnel. ¿Y cuándo es la boda?

José. Para decir verdad, se casan en carnaval.

Shva. Estábamos pensando en rogar a patrón Manuel y, si permisiona ño Andrés, a la ña Cristina para que apadrinen la boda.

Ands. ¿A mi mujer? (observa insistentemente a Carmen)

José. No será cosa prohibida, ño Andrés, el ir a la choza de los indios: ha de haber faltamiento.... pero los cholos son limpios como agua de cerro.

Mnel. (riendo) Bien José. ¿Qué dices Andrés?

Ands. Si Ud. acepta, ¿qué puedo argüir yo?

Mnel. Aceptado, aceptado.

Cmen. Será en carnaval, ño Andrés.

Ands. (siempre enamorado de Carmen) Sí, Carmen. (aparte) ¡Qué guapa es!

Mnel. Vamos, Andrés, avancemos a

las eras. (*mutis izquierda con Andrés*)

Esc. VI

Tío José, Carmen y Shalva

Shva. Me he quedado atontado.

Cmen. ¡Semejante chasco!

José. ¡Que tanto será! Acaso son dioses para tener tanto respeto. Runas como nosotros, hombres nomás que la suerte les ha dado jortuna. Tanto indignación por un atraso, y cuando ellos no cumplen algo, ¿quién les dice nada?

Cmen. Calla, Tío José, no murmures.

José. ¡Qué murmuración! Eso se llama no tener razón... Dame otro trago, cholo de mi vida.

Shva. S'ha chumado, Tío José.

Cmen. ¡Santo Angel de la Guarda!

José. Sólo con trago sale el valor y la franquicia; tomen, cholos, tomen; para eso trabajamos... Tierrica que propia es... Caramba, si yo supiera la historia y la parla de los abogados ya jue-
ra presidente.

Cmen. Tío José empezó con las chanzas.

José. La desgracia de no tener códigos... En fin... contentar con el estado

en que Dios ha puesto, como dice Taita cura de Cañar. (*cantando*)

«Apúrate, chiquita
que ya viene tu marido;
vos hazte la gata brava,
yo m'haré el desimulado».

Shva. Vamos, tío José: mayoral estará esperando.

José. ¡Indio como yo! A mí nadie me manda... Apúrate, chiquitica...

Cmen. Daremos rodeo para no topa con patrones.

José (*abrazo a los dos y vanse fondo*) Sí, haremos así.

Esc. VII

Taita Baltico, Cristina, al fin Tío José

T. B. (*por la izquierda, seguido de Cristina*) ¡Eh! Desde aquí, patronita, podrás ver la trilla.

Ctna. Bueno, Taita Baltico, gracias. ¡Qué paisaje tan bello se contempla! Qué luz, qué fecundidad de campos. ¡Oh, cuán bella es la Naturaleza! Mira, Taita Baltico, mira ese celaje en lon-tanza, mira ese nimbo áureo.

T. B. (*sin entenderla*) ¿Limbo?... ¿Qué dijiste, amita?

Ctna. Sí, allá lejos, ese color, ese

último término violeta y cárdeno: parece un oficiante sacro delante un inmenso incensario cuyas volutas ascienden lentamente. ¡Oh, el milagro del sol (*T. B. se escurre por la izquierda*); el poder de la luz. Pintores, hijos del sol, pupilos de la luz. Artistas, músicos, poetas, vivid con Natura... Pobres artistas: Velázquez, Rubens, Beethoven, Rubén Darío, Verlaine.... ¿Verdad, Taita Baltico?... ¡Oh!, se fué. Dichosos los indios, benditos seáis...

José. (*por la izquierda*) ¡Patronal!

Ctna. Hola, José.

José. Alababas a los runas... Te comprendo...

Ctna. ¡Tú!

José. Me gusta la historia y los discursos.

Ctna. Eres el indio más inteligente. Vamos a las trillas. (*mutis izquierda juntos*)

Esc. VIII

Andrés

(*Por la izquierda*) No entiendo esta vida... Si en la ciudad, la abrumadora sociedad con todas sus mentiras y amargores, con todos sus crímenes, con

todas sus falsedades, con todo el fango... La tarjeta galante, el baile del club; perfumados senderos que llevan a las más abyectas degeneraciones... La seda y joyería femeniles y el vestido de etiqueta y el guante, ocultando toda la miseria y podre del hombre y la mujer que, al fin, no significan otra cosa que el instinto brutal, perseguido igualmente en el salón esplendoroso como en la alcoba del público comercio carnal... Si en el campo, la monotonía absurda del silencio y del sol que calienta los mismos pastizales que nunca dejarán de serlo; la misma voluptuosidad hecha a fuer de vivir más sanos y más hombres... Y sobre esta fatal consideración, mi autoexamen, mi situación de jefe de un hogar que jamás tendrá la genuina respuesta, la debida representación por culpa de una mujer demasiado ilusa y voluntariamente estéril... Cristina: espejismo, reverso de toda mi realidad de vivir.

Esc. IX

Mismo y Carmen

Cmen. (*izquierda, pasando con otro costal*) Otro viaje, no Andrés.

Ands. Si... Oye, Carmen.

Cmen. Mande, señor.

Ands. ¿De verdad que te casas?

Cmen. Si Dios quiere, en carnaval.

Ands. ¿Le quieres mucho al Chalva?

Cmen. Ni que fuera mi misma vida.

Ands. ¿Sabes bien lo que dices?

Cmen. Si...

Ands. ¿No habrá otro hombre que pudieras tenerlo en tu corazón antes que a él?

Cmen. No se ha podido pensar en eso.

Ands. Piénsalo... Si hubiera un hombre rico... más valiente, más... Dime... si...

Cmen. No hables así, patrón, me da vergüenza (*quiere seguir su camino; Andrés se acerca y la detiene*)

Ands. Si yo fuera ese rico, ese...

Cmen. ¡No, No!

Ands. Te admiro, Carmen, te amo... (*la besa; Carmen logra desasirse y huye*)

Esc. X

Andrés y José

Ands. ¡En verdad que es hechicera! Raza pura de caciques, virgen del sol...

¡Qué culpa tuvieron los españoles!

José. (*entrando izquierda*) ¡no Andrés!

Ands. (*sorprendido*) ¡José!

José. ¿Qué decías de la historia?

Ands. Nada... ¿Dónde estuviste?

José. Entre estos árboles no más.

Ands. Pero... ¿Viste a Carmen?

José. ¿Por qué? ¿Estaba con vos?

Ands. Si...

José. Pobre longa... ¿Te pedía algún favor?

Ands. Si... Hablaba de su matrimonio.

José. Si... Locos son los cholos: es locura.

Ands. No la he sentido nunca.

José. ¿Ud., patrón... Pero ¿cómo se casó con ña Cristina?

Ands. Pues sin querer de veras.

José. No está bueno, patrón.

Ands. ¡Silencio!

José. Bueno, ño Andrés, decía no más; pero ña Cristina no me ha dicho nada nunca en tantas veces que la he acompañado... No más que alaba a la Carmen, como que es china de buena raza.

Ands. Claro, es nieta de ingenieros.

José. ¿Quién le ha mentado eso, patrón?

Ands. ¡Te has propuesto fastidiarme! Me lo ha dicho mi padre.

José. Perdone, su mercé: no hay ingenieros sino otros pucheros.

Ands. Dilos, Tío José, dilos.

José. No, patrón... Eso está enterrado en mi corazón... No se puede. Viene ña Cristina. (*mutis derecha*)

Esc. XI

Andrés y Cristina

Ctna. (*leyendo un libro*)

«Amo el amor de los marineros que besan y se van, dejan una promesa, no vuelven nunca más»....

Ands. (*interrumpiéndola*) ¿Sigues soñando?

Ctna. ¿Soñando? ¡No! Sentía con Neruda, ¡qué poeta es!

Ands. Oye, Cristina, ya deja de ser mariposa, piensa en serio, piensa en ser la esposa.

Ctna. Soy la esposa, Andrés. ¿Qué más...? A pesar de nuestra gran equivocación.

Ands. Sí, de nuestra gran equivocación.

Ctna. Sin remedio...

Ands. Si; yo quise un hogar, yo quise un hijo para quien vivir y por quien sacrificarme... Yo quise un hijo que sea la luz que guie todas mis ilusiones, un hijo que aliente mis esperanzas y eche un poco de miel en los manjares insípidos de la vida campesina... Un hijo sería el único eslabón que uniera nuestros destinos, la única venda que impidiera ver toda esta miseria y dolor.

Ctna. Eres injusto, Andrés: yo no tengo la culpa. Al casarme, te ofrecí mi amor: yo no sabía, no podía saberlo... ¿Por qué me recriminas?

Ands. Mientes: eres culpable... Mujer irreal, criminal... Tú no vives; tu existencia es un sueño... Vives de la bohemia del siglo, de este siglo ilusorio y vano en el cual hay esposas que no quieren ser madres y madres que lo son sin ser esposas...

Ctna. (*llorando*) ¡Canalla! ¡No mientas!

Ands. No mientas tú... comprende el martirio de nuestra vida...

Ctna. No quiero seguir este martirio; me iré de esta prisión más cruel aún porque está abierta y no tiene la explicación material de las cadenas, sino el aherrojamiento con un corazón que

me odia y no me cree... Corazón de hielo y de granito, como estas montañas que tienen médula de roca y gesto de amenaza. Mañana no estaré contigo: seré irreal para ti. Vivid aquí, sí, seguid viviendo como bestias, embruteciéndooos y multiplicándooos!

Ands. ¡Criminal! No quites la virginidad del Campo... ¡Vete, vete! (*Cristina hace mutis derecha, llorando; Andrés vase izquierda*)

Esc. XII

Don Manuel, Taita Baltico, Shalva y Tío José

Mnel. (*por la izquierda, seguido de Taita Baltico y leyendo un periódico*) Han llamado a la conscripción, Taita Baltico... y le ha tocado al Shalva.

T. B. ¡Mi hijo, patrón!

Mnel. Son cosas irremediables.

T. B. ¡Imposible patrón! (*desesperado*) Haz algo, señor, vos tienes poder con las autoridades.

Mnel. Es imposible, Son leyes muy severas... Aquí está la lista (*leyendo*) «De Cañar»: Santiago Pugri, Salvador Morocho, etc., etc.

T. B. ¡Patroncito! (*llorando*) Entonces

para qué es tu poder: mi pobre hijo morirá; no se amañará en el cuartel... no sabe nada.

Mnel. Allí aprenderá; ¿qué más quieres? Volverá aprendiendo mucho de la vida.

T. B. ¡Por favor, patrón...!

Shva. ¿Es verdad, patrón? Me contó ño Andrés y dice que está bueno.

Mnel. La pura verdad, Shalva.

T. B. (*serenándose*) Aprenderás mucho, hijo; aprenderás lo que es la vida.

Mnel. Debes alistarte en quince días. (*mutis derecha*)

Shva. ¡Taita! ¿No habrá remedio?

T. B. Ni el patrón puede hacer nada.

José. (*por la izquierda*) Los patrones hacen lo que les conviene, no más, Taita Baltico.

Shva. ¡No me iré, taita, nó!... (*nervioso*) Ponerme calzado y cortarme el pelo, eso nó, eso es orgullo de los cañarejos! (*llorando*) Perderé mi herencia... Antes con mis propias manos y mi propio lazo me colgaré del árbol más alto del Hatun Cañar.

Esc. XIII

Los mismos, Andrés y Carmen.

Ands. (por la izquierda) ¡Eh! ¡Llorando como unas magdalenas! Tendrás que ir, indio cobarde!

José. Sí, hijo: allí aprenderás.

Cmen. (entrando) «Chaupi punzhapi tutayarca!»

Ands. ¿Qué dices, Carmen?

Cmen. Que en medio día anochece, patrón.

Ands. (dando látigo a Shalva) A trabajar cobarde, a hacerte hombre. (mutis izquierda)

Cmen. (abrazando a Taita Baltico y llorando) Que se vaya mejor, taita, que se vaya. Haré cuenta que no ha habido corazón tuavía. Como ver su desgracia en delante, que se vaya!

José. Lo mismo da: ser concierto o ser conscrito: el indio siempre está en eterna conscripción.

Shva. (abraza a Carmen y llora) Estrellita en noche oscura, sol que calienta para dentro, placel en la cuesta de mi vida....

TELON LENTO

ACTO 2º.

PRIMER CUADRO

De tarde

Escenario: Una calle que forma esquina y en ésta un edificio adusto: el Cuartel de Conscriptos.

Esc. I

Shalva, un Sargento y un Capitán

Shva. (haciendo guardia y de pie a la puerta) ¿Qué hora es, mi sargento?

Sgto. ¡Está prohibido hablar en la guardia! En once meses no has aprendido todavía.

Shva. Sí, mi sargento. (después de un momento de silencio). Tenga la bondad, mi sargento, ¿qué hora es?

Sgto. ¡Maldita sea! ¿Para qué quieres saberlo?

Shva. Es de venir mi familia y estoy

contando las horas para que llegue.

Sgto. ¡Maldita sea!... Cuéntate las costillas que de la paliza que te voy a dar te quedarán muchas menos...

Shva. Sí, mi sargento.

Sgto. (después de un momento) ¿Dices que vendrá tu familia?

Shva. Está prohibido hablar, mi sargento.

Sgto. ¡Maldita sea! Cuando manda capitán...

Shva. Na manda un sargento.

Sgto. ¡He mandado yo!

Shva. ¿Quién dice, mi sargento, que escribió el reglamento de conscriptos?

Sgto. Pues... el Ministerio.

Shva. Luego no me manda ha hablar Ud., mi sargento.

Sgto. Maldita... Te mandaré a callar, filático... Acuérdate de cómo viniste.

Shva. Si... Ahora veo cuánto valen Uds. y cuánto valgo yo...

Sgto. Mañana se presentará para imponerle ocho días de calabozo.

Shva. Sabrá que mi lengua no se mueve ni deja de moverse sino cuando mando yo.

Sgto. Maldi... Filático... Mitayo sarnoso. Porque te han dado calzado y te han enseñado que te laves la boca...

Shva. Y me lavó con pasta espe-

cial.

Sgto. Filático, mitayo.

Shva. Así nos volvemos en el cuartel, mi sargento.

Sgto. ¿Vas a injuriar al Ejército?

Shva. Perdone, mi sargento. ¿Qué es el Ejército?

Sgto. Pues, somos nosotros.

Shva. Uds. son un Ejército de qué, mi sargento?

Sgto. Pues... uno... un ejército. Vaya que no sabes todavía lo que es un ejército.

Shva. No, mi sargento.

Sgto. Un ejército es una... reunión de...

Shva. ¿De filáticos, mi sargento?

Sgto. ¡Silencio, animal! Déjame hablar.

Shva. Como se callaba tanto rato y como decía que nos volvemos así...

Sgto. ¡Una reunión de hombres, maldita sea!

Shva. No, mi sargento: es una reunión de hombres malditos, sí... porque reunión de hombres es también un congreso.

Sgto. Ignorante, eso es otra cosa: digo eso sí es reunión de filáticos.

Cptn. ¿Qué es este barrullo?

Sgto. (cuadrándose) Le enseñaba al

conscripto Morocho lo que es un ejército y nos reiamos un poco, mi capitán.

Cptn. ¿Qué es un ejército, conscripto?

Shva. Un ejército conscripto es una reunión de infelices que no duermen, ni piensan, ni comen, ni beben: todo les dan haciendo los clases.

Cptn. ¡Insolente!

Sgto. Vea, mi capitán, es imposible de desasnarle a este rústico.

Cptn. ¡Silencio! Tampoco es esa la manera de tratar a un conscripto. ¿Qué es un ejército en general he preguntado?

Shva. En general, no sé, mi capitán, pero en sargento, me ha dicho el sargento que es algo que no puedo repetir.

Cptn. Dígalo, conscripto Morocho.

Shva. El sargento dijo que era una reunión de hombres.

Cptn. ¿Nada más?

Shva. No, mi Capitán.

Cptn. (al sargento) ¿Qué más diferencia a un ejército, sargento?

Sgto. Pues, las armas, el uniforme, los...

Cptn. ¿Los?

Sgto. Los botones.

Shva. Hay algo más, mi capitán.

Cptn. ¿Qué?

Shva. Cuando es de caballería, los caballos, las monturas. Los callos en los pies, cuando se pertenece a infantería.

Cptn. ¡Basta! Ambos una semana de relación... ¡Ya! A órdenes del primero Cabrera. (*mutis sargento y Shalva izquierda*) Que salga un clase a la guardia.

Esc. II

Un capitán, un soldado.

Cptn. ¡Habráse visto un par de burros semejante! ¡Qué tal! A la verdad que Salvador es un indio inteligentísimo... (*sale otro soldado para la guardia*) Hasta lo propusiera para hacerlo mi ordenanza... Pero, estos indios son tan aferrados a su tierra que sería difícil. (*se pasea un poco inquieto*) ¡Ah! allá viene doña Cristina. (*Vase a un lado*) ¡Cómo le quiere a su indiecito!

Esc. III

Capitán y Cristina.

Cptn. Señora, buenas tardes... Siento decirle que su concripto está castigado.

Ctna. ¿Castigado?... Se lo supuse: son once meses de castigo.

Cptn. Digo... que está pagando una pena por hablar demasiado. (*sonriendo*) A decirle verdad, ha faltado a la disciplina.

Ctna. (*burlonamente*) No comprendo... Es tan humilde el pobre que es ejemplo de militar.

Cptn. Si usted le viera ahora. Es más sabido que un coronel y más pícaro...

Ctna. Qué un Capitán. (*riendo*) Diga en qué ha faltado, capitán?

Cptn. Pues... no es cosa que vale. Ha dicho una broma; a él y a su sargento los he mandado a guardar silencio... ¿Cómo va su salud, señora?

Ctna. Bien, gracias. A pesar de mi situación... Ud. sabe ya demasiado de mis asuntos entre mi esposo y yo.

Cptn. ¿Él sigue en la hacienda?

Ctna. Sí... Pero tengo una maligna curiosidad de saber de él. El único que puede darme alguna razón es el Shalva, porque su familia viene a verlo constantemente. ¿Habrán venido sus parientes esta semana?

Cptn. Hoy esperaba visita.

Ctna. Entonces regresaré, capitán y muchas gracias.

Cptn. Pero debo decirle que no lo verá porque está castigado.

Ctna. ¿Dice de verdad? No sea exagerado. Le ruego disculparle. Ud. sabe por qué le pido: hágalo por mi... El canalla de Andrés sabe que yo jamás puedo volver a él como su esposa, ni como su amiga siquiera y trata de sofocarme como más puede.

Cptn. (*enamorándola*) Debiera olvidar, Cristina y no importarle ya un hombre de esa clase.

Ctna. Desgraciadamente, soy su esposa legal todavía y me interesa tener un medio de relación para poder entablar el divorcio.

Cptn. No necesita valerse del concripto en este caso... Hay abogados, hay tribunales, Cristina.

Ctna. Pero Andrés está allá, capitán.

Cptn. Es fácil demandarlo y obligarlo a presentarse.

Ctna. No sabe Ud. cómo son nuestros hacendados. Para traerlo se necesitaría un batallón y no quiero dar otro escándalo... (*llorando*) ¡Canalla!... No pudimos entendernos: es un salvaje.

Cptn. Ciertamente que hay hombres incomprensibles.

Ctna. Hay hombres incomprensibles, sí. Pero, hay muchos criminales para quienes no hay cárceles todavía... Las legislaciones andan en pañales. Aun no se han creado las escuelas correccionales para esos adultos que sin ser locos ni haber matado a alguien, son más delincuentes que los infelices que pasan su vida en las cárceles. Debe haber comisarías donde se juzgue esta clase de delitos: a los bebedores profesionales que abandonan su hogar y desprestigian su tierra, ¿no es verdad que los deben azotar públicamente? A quien no sabe tratar a su esposa y cree que ella es sólo bestia para sus lascivias, sin comprender en ella a la compañera, al corazón, a todo cuanto de delicado y bello existe en el mundo; ¿verdad que lo deben atar a la vista pública para que le escupan y lo castiguen? ¿No es verdad que no existe sanción, por ejemplo, para aquellos que se llaman padres de familia y que, sin comprender la miseria de sus esposas y el hambre de sus hijos, gastan lo poco que tienen en cantinas y cabarets y luego forman escándalos hasta ir a parar a las cárceles, como

que hubieran cometido una insignificante contravención...? Para esos niños grandes, atorrantes y brutos no hay policía ni sanciones...

Cptn. Es verdad, Cristina, pero...

Ctna. Perdone, capitán... Esta es una de las causas para el atraso de nuestra cultura.

Cptn. Es verdad, muchos delitos no se llaman tales sólo porque no se ha creado una palabra para definirlos...

Ctna. Y para esos delincuentes, capitán, debe haber un acuartelamiento cada año, en vez de encerrar a estos indefensos indios que pertenecen a un país sin nombre. ¡Qué bueno sería que cada año vayan al mando de hombres de hierro tantos obreros desperdiciados, tantos abogados inmorales, tantos frailes libres, tantos individuos que son una amenaza y un cáncer para la sociedad... El panóptico, las cárceles no son suficiente castigo.

Cptn. Si, Cristina.... Pero olvídelo ya, piense...

Ctna. Y debiera ser el público que denuncie ante un tribunal especial... Bien dejémoslo... No olvide mi petición de permitir la visita al muchacho.

Cptn. Por Ud. Cristina, queda perdonado desde este momento.

Ctna. Gracias... Regresaré. Hasta más luego. (*mutis derecha*)

Esc. IV

Capitán, soldado y Shalva.

Cptn. (*acercándose al Guardián*) Llame al concripto Morocho.

(*entra el soldado y regresa con Shalva*)

Shva. ¿Me ha llamado, capitán?

Cptn. (*llevándolo hacia un lado*) Sí, venga conmigo.

Shva. Perdone, mi capitán. Hoy deben venir mis parientes.

Cptn. Sólo la señora pudo conseguir tanta indulgencia.

Shva. Gracias mi capitán. ¿Vino la patrona?

Cptn. Sí... Pero vas a ser inteligente en esta visita, ¿entiendes?

Shva. Como mande, mi capitán.

Cptn. Averiguas por todo lo que sucede en la hacienda de tus patronos, en especial sobre Andrés, el maridastro de Cristina.

Shva. Cumpliré, mi capitán.

Cptn. Mucho tino, ¿eh?

Shva. Sí... Allá vienen... Parece que vienen todos esta vez.

Cptn. Tú serás mi ordenanza, nues-

tro ordenanza. (*mutis por la puerta del cuartel*)

Shva. ¡Con la patrona Cristina...!

Esc. V

Shalva, Tío José y Carmen.

José. Cholo Shalva, dichosos mis ojos...

Shva. ¡Tios! China Carmen, por fin te vuelvo a ver! (*se abrazan*)

Cmen. Te hemos recordado, Shalva.

José. Mucho, cholo, mucho... Casi no te reconocemos; pareces miso soldado hecho y derecho. ¿Onde la cotona, ónde las ozhotas, ónde tu trenza bien peinada, orgullo del Cañar?

Shva. Nada de eso, tío. El pelo dizque es antiiegénico.

José. ¿Qué es esa palabra?

Shva. Sí, tío, sí. El pelo largo conserva la suciedad. Mientras más aseado hay que tener menos pelo. Uds. no han visto: sólo el que es perfectamente calvo llega a ser general.

José. Bueno... Pero y tu salud, cholo Shalva.

Cmen. Ya estará enseñado.

Shva. Enseñando, nó, pero... resignado. Al fin no falta sino un mes. Y mi

familia, Taita Baltico, los hermanos, ¿cómo están?

Cmen. Muchos saludos te mandaron. Come esto, Shalva. *(le da un atado)*, es cariño de mi parte. Los chocos no han madurado cosa mejor, pero en fin...

Shva. ¡Ah! mi longuita... Gracias... Al fin el corazón sanglotia cuando hay cariño.

José. El corazón del indio es como tierra de siembra: cualquier día devuelve la semilla. *(entregando a Shalva)* Esta fruta, cholo, por ser del caliente.

(Comen todos tendiendo un mantel en el suelo)

Shva. Así es, tío José. ¿Y los patrones?

José. Bien están... sólo dicen que ño Andrés es un criminal.

Cmen. Un abusivo. ¡Sin razón!

Shva. ¿Por qué abusivo?

Cmen. ¡Ah!... Nada... ¿Te acuerdas que te pegó sin motivos?

José. Sí, sí... Pega no más sin motivo.

Shva. *(intrigado)* Parece que la Carmen sabe algo. Cuenta, soltera.

Cmen. De contar no tengo nada más que lo que todos saben.

José. Si... Trató mal a ña Cristina y

molesta a la peonada.

Shva. Están mintiendo... Haría algún abuso mayor.

José. Curiosidad del cholo... Come pronto antes que vengan los mandones.

Cmen. Sirvete el cuy, Shalva.

Shva. Gracias. *(aparte)* ¿Cómo hago para que cuenten todo?

José. Te han dado otro calzado, Shalva.

Shva. Un par nuevo. *(regocijándose)* ¿Ves? y es cuero ruso de gringo. *(enseñando)* Y medias finas... Somos unos refinados... Caramba y después de un mes volver al cerro, dejando todos estos lujos... Sólo por vos, china, se pueden hacer estos sacrificios... Sobre de esto todavía el sueldo, sin trabajar. *(piensa un momento)* Oye, tío José, consigue un litro de puro: hay que asentar la comida y... festejar la visita.

Cmen. Estará prohibido, Shalva.

Shva. No, tío. Anda no más, que hoy tengo licencia hasta para casarme si yo quisiera.

José. Un trago nunca hace mal... Vamos, Carmen; qué voy a dejarte sola: paja con fuego arde... Volvemos, cholo. *(mutis izquierda con Carmen)*

Esc. VI

Mismo y capitán.

Cptn. (saliendo rápidamente) ¿Por qué se han ido?

Shva. Han ido a volver.

Cptn. ¿Con algún encargo tuyo?

Shva. Oiga, mi capitán, para decirle la verdad no es posible saber nada si tío José no se pega... un... unas copitas. Han ido por mi consejo, a traer un litro. Perdone... Creo que hay algún misterio en la hacienda. La Carmen está triste y tío José tiene pico pendiente con ño Andrés.

Cptn. Hazlo por Cristina a quien debes el perdón de todas tus faltas y la atención que te he prestado durante este tiempo.

Shva. Sí; ya vienen.

Cptn. Volveré. (mutis puerta)

Esc. VII

Shalva, Tío José y Carmen.

José. (entrando ya ebrio por la izquierda) ¡Trago de mi vida, Cholo Shalva!

Shva. Calle, tío, no siá boquisuelto,

el cuártel está al frente. (hacia un extremo del escenario) Hable despacio, tío, nos oyen.

José. He tomado con mi dinero; no he robado a nadie. ¿No tengo derecho?

Cmen. Si tío, pero...

Shva. Siéntate, tío y parlemos.

José. Asienta Shalva (le da de beber), que es zumo de nuestro trabajo! Trago de caña por el que sudaron las frentes mitayas! Trago de contrabando que dicen los blancos porque no saben lo que hierve dentro de este pecho cuando el indio se chuma! (llora)

Cmen. ¡Santo Angel de la Guarda!

Shva. ¿Por qué lloras, tío?

José. ¡Cholo Shalva! Soltero que tuviste derecho sobre las doncellas de allá. (abrazándolo) Lloro porque me da pena...

Cmen. ¡Ea! Dios! (aparte) ¡Qué no vaya a decir la verdad!

José. Me da pena, cholo, me da pena... Soy tu tío que te ha querido como el surco a la semilla. Soy la tierra negra que te dió el cuidado para que siás planta y para que florezcas algún día... Planta de maíz, nacida para el amor con el poroto... Cuando la planta estaba ya robusta, cuando el corazón del

maíz — corazón blanco y dulce— esperaba el abrazo del poroto...

Shva. No te entiendo, tío...

Cmen. (*nerviosa*) Deja, Shalva, tío José no sabe lo que dice.

José. Sé lo que digo, soltera... Cuando bebo, pazque vinieran sabios a corregir mis palabras... Hablan por mí Huaynacápac y... como decía mi ama Cristina.... Soy leído, cholo, soy algo leído.

Shva. (*interesándose*) Sigue, tío, sigue... Explica lo de la planta.

José. (*riendo trágicamente*) Como decía ña Cristina: Raza de indios, puente de bronce para que pasen blancos calzados del oro de nuestras montañas... ¿Somos runas?... Tuavía sois indio, cholo Shalva, a pesar de tus zapatos y tu gorra. Tuavía somos indios: unos nos explotan el alma, otros el cuerpo y otros la conciencia...

Shva. Sí, tío...

José. Indio arrancado de tu madre... Si vieras cómo llora el solitario en la mediagua de tu casa y cómo silva el viento al llenar el puesto vacío que dejaste en el desmonte y en la hondonada... Sois indio tuavía, cholo Shalva: indio dos veces esclavizado!

Shva. Así es... Te comprendo, tío...

Ya el recuerdo de mi tierra me machaca el corazón de nuevo. (*bebiendo siempre*) Tus palabras son la historia de mi vida pasada!

José. ¡De tu vida!... Oye, Carmen, dame buscando papelillos.

Cmen. (*saliendo izquierda*) ¡Jesús y María!

José. ¿Entendiste, cholo?

Shva. Para decir verdad, no le cojo el asunto.

José. Sí... iban a abrazarse entre la planta y el poroto, pero...

Shva. ¡Ya, tío, ya!

José. Vino un goloso, un dueño de todo... y cortó la enredadera...

Shva. ¡Tío! ¡Tío José! (*desesperado*) ¡Yo soy la planta, yo, ya sé todo!

José. Y la enredadera (*señalando el lugar por donde fué Carmen*) ¡ella!

Shva. (*llorando desesperado*) Tío, tío... ¡busca también un goloso para mi vida!... Ya no tengo para qué vivir... ¡Mi ilusión mi esperanza! Y ¿quién?

José. El dueño...

Shva. ¡Ño Andrés...! ¡No quiero oírte más, nó!... Anda, tío, anda; no vuelvas a verme (*dirigiéndose a la entrada del cuartel*) Adiós, no me busquen mientras no me vengue!

TELON RAPIDO

SEGUNDO CUADRO

De Noche

Esc. VIII

*Sha'iva, después Capitán,**(Haciendo guardia con el arma al brazo y paseando)*

¡Qué sean las diez, sí!... Con este puñal' con este mismo puñal que me ha acompañado once meses...!

Cptn. (llegando de la calle) Ya enciérrese, conscripto Morocho y cierre la puerta.

Shva. Ya, mi capitán, que me pase el azar.

Cptn. Paciencia, Morocho. Olvida: la vida tiene sus amarguras.

Shva. No, mi capitán... Yo amargaré también la vida de ese canalla...

Cptn. Sois cobarde... Tú puedes encontrar otro camino que te haga feliz.

Shva. ¡Eso ya nó, mi capitán!... Fui feliz hasta que vine al cuartel... Hasta que fui peón no supe distinguir entre lo malo y lo bueno; no supe conocer mi derecho!... Ahora sí que soy hombre con deberes y privilegios... Si me

hubiera quedado allá, no me hubiese importado nada: a Carmen le quisiera en cualquier estado, pero hoy nó: sé que alguien robó mi derecho, aquel derecho que merezco... ¡Me han hecho un mal, mi Capitán!... Me han civilizado, han forzado mi inteligencia! Hoy soy otro, soy tan humano como ño Andrés, como cualquiera... cuestión de ropaje, de trapos...

Cptn. Estás nervioso, Morocho... ¡Qué mejor que te hayamos hecho conocer la realidad, que te hayamos devuelto tus derechos! Antes eras un miserable, un inconsciente.

Shva. (llorando) Así estaba mejor, era más feliz... A veces quiero ser una piedra, un monte, una cosa cualquiera... Ahora, sólo sé que soy un desgraciado... Ahora, para vivir necesito más y deseo más... Mientras más aprendo, tengo mayores ambiciones; mientras más conozco, mayores son mis dolores...

Cptn. Te hemos enseñado también la manera de conseguir tu bienestar, no sólo te la hemos ostentado...

Shva. No, mi capitán... Ese camino es difícil... Se necesita que la cultura avance unos mil años más para conseguir recorrerlo... Somos todavía orgu-

llosos y no podemos hacer un bien sin realizar, por otra parte, un mal... Tengo una venganza, mi capitán, y tengo un odio a todo cuanto ha contribuido para demostrarme que hay diferencias en el mundo... Odio, odio las leyes, odio ese carro que avanza civilizándonos, porque trae luz, porque afirman que nos da luz... porque nos hace, mientras más perfectos, más inútiles... Ese carro que nos brinda la oportunidad de desear lo que nunca podemos tener... Mataría, yo mataría a todos, yo quemaría todo y entonces, cuando todo sean cenizas y despojos y no haya nada que esté sobre mí ni después de mí, sólo entonces sería feliz, sólo así moriría conforme, como hubiera muerto en mi campo, en otra época, sin conocer escalas ni diferencias... pero ahora... no puedo volver a ser esclavo, ni puedo conformarme en quedar ofendido. ¡Yo mataré a ño Andrés!

Cptn. ¡Basta, Morocho! (en alta voz) Cámbiese la guardia.

Shva. ¡No! No, mi capitán: seguiré yo mismo.

Cptn. Cámbiese la guardia y tú vete a descansar... Conozco tus intenciones y esta noche pasarás incomunicado, ¿entendido?

Shva. ¡Capitán! ¡Por ña Cristalina! Por ella.

Cptn. ¡Eh! sargento, ande!

Shva. ¡No! No, capitán... Hoy ya no obedezco, nada me importa (sale el sargento)

Cptn. ¡Adentro, Morocho! (al sargento) Tome el fusil y haga guardia hasta las diez en que entrará y pondrá cerrojos a la puerta: (tomando del brazo a Shalva) ¡Vamos! (mutis por la puerta)

Esc. IX

Sargento, después Tío José y por fin Shalva.

Sgto. Aquí está sucediendo algún misterio, ¡maldita sea!... ¿Qué tanto tendrán que interesarse los oficiales por un indio? Que le castiguen, que no, que le miman, que le sancionan; ¡no comprendo nada!

José (apareciendo izquierda) Buenas noches, señor guardián. ¿Cómo le va?

Sgto. ¿Qué quiere Ud., hombre?

José. Pues... para decir la verdad, quiero saber de un amigo mío que está aquí.

Sgto. ¡Maldita sea! Retírese. No es

hora de averiguar por nadie.

José. No siá usted tan bravo, que no vengo a hacer ninguna revolución. Es un amigo que está de conscripto y quisiera hablarle.

Sgto. ¿Quién es?

José. Shalva Morocho.

Sgto. ¡Ah! El insolente de Morocho... Bien guardadito lo tienen...

José. Hace un rato no más que le visitaba.

Sgto. Pues sepa que es un insolente. (aparece Shalva y se detiene sin ser visto por el sargento) Si yo pudiera lo estrangularía por pretencioso y atrevido!

José. Tiene, señor soldado, un asunto muy grave el pobre Shalva en su casa. ¿No será posible que se vaya un momentico?

Sgto. ¡No mortifique, imbécil! De aquí no se mueve ni una mosca sino cuando se cumpla el año reglamentario... Mucho menos va a salir el canalla y sinvergüenza de...

Shva. (lanzándose sobre el sargento y procurando echarlo a tierra, le tapa la boca) Yo me iré hoy, este mismo momento! (luchan un instante; el sargento cae a tierra) ¡Préstame tu puñal! (el sargento hace señales negativas

con la cabeza; José se acerca y consigue arrancar el puñal del cinto del sargento; lo toma Shalva) ¡Canalla, he de vengarme! (le clava al Sgto. José lo extrae y limpia la sangre con su poncho) ¡Vamos, tío José, Vamos pronto, antes que sean las diez! (José roba el fusil que tenía el sargento)

TELON RAPIDO

TERCER ACTO

Escenario: Un pasadizo de casa de campo. Muebles y cuadros apropiados. Poco a poco oscurece.

Esc. 1

Taita Baltico y Tío José.

T. B. No sé, al fin, cómo podré ocultar la desgracia al Shalva.

José. Más difícil es ocultar al padre de ño Andrés, al patrón grande.

T. B. El ya sabe.

José. ¡Eh! No, taita Baltico: el patrón no sabe.

T. B. ¿No sabe?

José. ¡Pues nó! Y cuidado con decirle!

T. B. Pues mejor... Dios sabe lo que hace, porque... sí sabe usted, tío José el enredo del amo grande...

José. No más que tenía quince a-

ños cuando mi abuelo nos contó...; pero, para decir verdad, no mismo sé bien si es cierto que la pobre Carmen es de don Manuel.

T. B. Pues de él... El cuento de los ingenieros del ferrocarril inventó don Manuel para despistar a ño Andrés.

José. Entonces... Taita Baltico, le ruego no decir nada a don Manuel... Sería para consumir alguna desgracia.

T. B. Y el cholo Shalva, ¿Cuándo sale del cuartel?

José. Del cuartel.. Debe de ser después de un mes, cuando se ajuste el año.. Caramba, ¿a qué hora saldrá el patrón Andrés? Tengo de Cuenca una carta de urgencia... Y usted, Taita Baltico, ¿tiene algo que decir a los patrones?

T. B. Esperaba a don Manuel para darle noticias de las siembras del cerro.

José. Ajá... Quizás salga pronto... Conque la Carmen hija de don Manuel y ño Andrés el padre de su sobrino...

T. B. Calle, tío José... Todo esto debe quedar como un sepulcro.

José. Como un sepulcro abierto... ¡calle, viene alguien!

Esc. II

Mismos y Andrés

Ands. (a José) ¿Ha habido novedad en la ciudad?

José. Sí, patrón: una carta de urgencia. (le entrega) Y con su permiso. (mutis izquierda)

Ands. ¿A quién esperas tú?

T. B. Al patrón grande.

Ands. (haciendo mutis derecha) Ya saldrá.

Esc. III

Taita Baltico, don Manuel, al fin Andrés.

Mnel. ¿Cómo va esa siembra del cerro, Taita Baltico?

T. B. Pazque faltan las aguas, patrón... Y venía a contarte que en esta semana no han ido los de la deshierba.

Mnel. Debí llevarlos tío José e ir Carmen también...

T. B. ¡Pobre Carmen!

Mnel. ¿Por qué?

T. B. Su mercé lo sabe mejor: no es de sangre runa: no vale pal trabajo.

Mnel. ¡Pobre mi hija!... Y sin reme-

dio. No puedo hacer nada... Sin embargo yo soy más desgraciado que ella... Odio mi vida de joven más que esta misma vejez de remordimientos y penas... Una hija mía que fué flor de un amor distante y que es hoy remembranza que agrava mi dolor... Sólo tú sabes, Taita Baltico, sólo tú... Hay momentos en que a fuer de sincero y de justo quisiera decir la verdad y recoger a mi hija... ¡Que sepa Andrés, que sepa todo el mundo, qué importa!

T. B. ¿Qué podrás hacer, patrón?

Mnel. ¡Buscaré un remedio... Recogeré todo mi crimen, borraré todo mi delito. Sólo hoy comprendo que soy un desnaturalizado... Un maldito!... Son malditos, son malditos todos los hombres que arrojan en el fárrojo de la vida a un sér, que no tiene la culpa del crimen de sus padres... Malditos aquellos que temen los resultados de su culpa: deberíamos temblar de cometerla! ¡Qué culpa, qué culpa tienen los inocentes que llegan a pagar el pecado de los padres! (llora)

T. B. Así es patrón... Pero cuida de levantar el avispero...

Mnel. Pero... Ya no puedo resistir a mi conciencia; mi conciencia me re-

crimina: es un eterno reproche que me mata!

T. B. La vejez, patrón...

Mnel. Sí la vejez, esta hez amarga que queda al fondo de la copa de la vida... Sí, la beberé, paladearé para pagar siquiera sea así mi pecado!

Ands. (*derecha y violento*) ¡Ves, papá! (*enseñando la carta*) Lee esta carta de Cristina: siempre la he creído infiel. (*a Taita Baltico*) Vete, necesito estar solo. (*Taita Baltico vase*)

Esc. IV

Manuel y Andrés.

Mnel. Es de su puño y letra.

Ands. ¡Me pide el divorcio, padre!

Mnel. ¡Terrible camino, hijo mío...

Ands. ¡Padre! ¿Me aconsejas? ¿No sabes la pretensión de Cristina? ¡No!... Sería tenderle el camino sobre mi personalidad vencida para que sobre ella pasee triunfante su egoísmo de esposa moderna, ¡para que pasee con otro hombre!

Mnel. Le quieres aún, hijo mío...

Ands. No, padre; la odio y por eso no puedo desearle el más mínimo bien. Soy malo, me he vuelto malo... Ella

sería entonces dichosa y no podría ver serenamente... Quiero que sufra, que pague su delito de esposa que no supo serlo... No me divorciaré... Sólo después de mi muerte podría casarse...

Mnel. Oye, hijo mío (*como que quiere decir algo y se arrepiente*), oye... No, no puedo... Imposible. (*mutis derecha llorando; le sigue Andrés*)

Esc. V

Carmen, después Andrés.

Cmen. (*por la izquierda, muy nerviosa*) ¡Dios mío!... Que no llegue todavía el Shalva.... Si saldrá ño Andrés, ese perro rico, ese perro blanco... ¡Qué crimen cometería esta tierra y qué sombra negra pesa sobre de mí para que se estrelle todo contra mí!... ¡Qué salga, qué salga y que huya, que se vaya a donde quiera pero que no se encuentre con el Shalva!

Ands. (*derecha*) ¿Qué hay, Carmen?

Cmen. Que el Shalva ha llegado, ño Andrés! Ha huido del cuartel!... Me cuentan los tíos que quiere matarte y espera sólo que anochezca... Ha sabido todo.

Ands. ¡El Shalva! ¡Matarme a mí!...

No me hagas reir... Huiría sin poder soportar la vida de los hombres... Matarme a mí!

Cmen. ¡Huye, ño Andrés, huye!

Ands. ¿Huir yo? Huir de un indio infeliz que lloraba por no ir a la conscripción? ¡Nó!... Por el contrario, le espero. Que venga, que venga. Le diré todo lo que ha sucedido entre tú y yo, ¿qué más?

Cmen. (llorando) Oye, ño Andrés, por ese cariño que te tengo, por ese que dijiste tenerme una vez y tantas veces... te ruego no pasar esta noche en la hacienda... Vendrá el Shalva: dicen que no te respeta, que ya no te considera y que ha aprendido lo que es la vida, que ya se ha hecho hombre, como vos querías... Que hoy sabe que es igual a vos, que no puede perdonarte: ha cambiado la vida, ño Andrés...

Ands. Cállate, Carmen... No sabes lo que dices. ¡Y no me mortifiques! Tengo un asunto de importancia en qué pensar.

Cmen. ¿Se podrá saber?

Ands. No te importa... Vete, vete, infeliz... Te tengo asco, vete, quiero que el indio me encuentre solo. ¡Vete!

Cmen. (desesperada) ¡Adiós! (mutis)

(izquierda)

Esc. VI

Andrés

Y pensar que soy solo en el mundo... Mi madre... ¡ah! si ella hubiera vivido!... ¡Qué soledad, qué honda soledad!... En mi vida hay una eterna, una trágica negativa... Primero fué un amor que nunca lo llegué a gustar... después... después vino otro para fomentar el cual me prohíben mi situación, mi sangre... ¿Mi sangre?... Todavía creemos encontrar vallas en aquello que nunca creó Naturaleza!

Esc. VII

Mismo y Carmen

Cmen. (entrando desesperada) ¡Patrón, viene el Shalva!

Ands. ¡Cómo!

Cmen. Sí, es él, no puedo dejar de advertirte... Este momento baja la loma y toma el camino de la hacienda... ¡Escóndete, huye!

Ands. Si es de morir, ¡qué sea hoy!... Ya nada me esperanza para amar la

vida... Soy uno de aquellos para quienes la vida ocultó su dicha. No he tenido suerte... Que se acabe de una vez... (*reaccionando en contra*) ¡No! Qué venga, lo mataré...!

Cmen. ¿Y yo?... ¿Por qué he de ser la única infeliz testigo de tanto dolor!

Ands. Somos los dos... (*cambiando de actitud*) ¡Eh! Viene mi padre... Tú no dirás nunca, Carmen.

Cmen. ¡Nunca!... ¡Ni a mi propio hijo!

Esc. VIII

Mismos y Manuel

Mnel. (*por la derecha*) ¿Qué significa ese llanto, Carmen?

Cmen. Nada, señor.

Mnel. Lloras como una desesperada. ¿Qué ha sucedido, ¿qué saben del Shalva?

Cmen. ¡De mi Shalva!

Mnel. Sí... ¿Por qué no es tuyo?

Cmen. Podía ser...

Ands. Viene hoy, padre... El Shalva va a llegar de un momento a otro...

Mnel. ¡Pero qué pasa?... Hay aquí un misterio: díganlo, díganlo pronto!

Esc. IX

Mismos, Shalva y Tío José.

Shva. (*lanzándose con un puñal en la mano*) ¡Lo que hay es el misterio del crimen, señor!

Ands. (*con las manos en alto y sin encontrar actitud de defensa*) ¡Cobarde! ¡No me mates!

Mnel. ¡Eres tú el criminal, Shalva!

Shva. (*señalando a Andrés*) ¡Es él!

Ands. ¡Haz algo, padre, defiéndeme!

Shva. (*cerca de Andrés*) ¡No podrás!

Mnel. (*saca su revólver, pero desgraciadamente lo deja caer*) ¡Perro!

Shva. (*aplastando el revólver con un pie*) No se muevan: los mataré a los dos, pero quiero que sepan antes... Carmen ha sido de este canalla, ya sabes, señor!

Mnel. (*como que va a desfallecer*) ¡Mi hija! ¡Carmen es mi hija!

Shva. (*retirando el puñal y apartando el pie del revólver*) ¡Carmen... tu hija!... ¡Ja, ja, ja!... Y sois los caballeros... Malos caballeros, canallas despreciables... Esta es la vida, tío José, esta es la vida que fui a aprender al cuartel... Ya la sé, ahora la sé, tío José... Sé que es la injusticia que se viste de seda y la corrupción que se disfraza de amo... Y esto, estos crímenes

sin nombre que quedan ocultos en las montañas, estas tragedias que se repiten en la soledad, estos asesinatos morales no tienen castigo... No hay tribunales, la justicia es un mito, porque es contra nosotros, contra nosotros, pobre raza vencida que despierta a la vida en la conscripción... En este mandato de la patria ajena que, si nos enseña algo, nos amarga más nuestro futuro...!

Cmen. ¡Shalva! (se postra a llorar)

Shva. ¡Calla, Carmen!... No los mato porque ya sé despreciarlos. Su conciencia será el verdugo eterno.

Ands. ¡Carmen! Carmen, mi hermana! (hábilmente toma el revólver y haciendo mutis) Mataré mi conciencia!

Mnel. Carmen, hija mía, Perdóname... Soy el culpable de todo! (Se oye un disparo)

Mnel. ¡Mi hijo!... Ha triunfado Cristina! (mutis llorando)

José ¡Y ha llegado el castigo, patrón! (abrazando a Shalva). La justicia de Dios tarda pero llega y llega también en las montañas, cholo Shalva, para los malos amos!

TELON

FIN